

CAPITULO XI.

LA TIENDA DE LOS COSACOS.

I.

Lino el mulato, despues de su trifulca en el Monte de las Cruces, y gozoso con haber embutido una bala en el cuerpo á fray Angel de la Divina Infantita, desperdigó la cuadrilla para que entrase cada cual como mejor pudiera á la capital.

El mulato sabia perfectamente las avenidas todas de la ciudad, así es que al dia siguiente se descolgó por el camino del Interior vestido de *arriero* y poniendo la fisonomia mas franca y honrada.

Vestia cotona y calzonera de cuero, y montaba una mula flaca y endiablada.

Llegóse á la tienda del tio Pablo, que ya hemos dicho que era receptor de cuanto le venia á las manos.

—Hola! Lino, dijo el tio Pablo, ya te esperaba, ese asunto de las *Cruces* era de mucha gravedad para que tú no te encontrases en él.

—Vaya con las tonteras del tio! si ahora mismo vengo de Cuautitlan con ocho dias de Querétaro.

—Precisamente decia que eras uno de los del Monte, luego que he visto el rumbo que traías, y te advierto que tengo un piquito de dinero y que si hoy no tratamos con *algo* de lo que traes, pierdes una oportunidad magnífica.

—No traigo mas que esta mula trotona, capaz de arrancar-le el empacho al mismo Lucifer.

—Pierde cuidado, hijo mio, que esa jaca no comerá por mi cuenta un grano de cebada.

—La vendo baratísima.

—Ni dada, amigo mio, en cambio te compro los arneses.

—Esos no los puedo vender, los necesito mucho.

—Ahí está el *veneno*, pensó el tio Pablo, que conocia perfectamente á todos los truhanes.

—Te doy unos doscientos *grullos* por la silla vieja que trae tu mula.

—No me conviene.

—Pues entra y hablemos.

El mulato se entró en el pequeño patio de la casa del tio Pablo, desensilló la mula y puso los arneses en la trastienda.

—Estarás muy cansado.

—Sí, mucho.

—Toma un trago de catalan, esto siempre viene perfectamente.

—Estais muy liberal, tio Pablo.

—Con mis parroquianos estoy obsequioso en la víspera de arreglos, ¿no es verdad?

—Sí, tenemos algo que convenir, os vais á enriquecer de esta hecha; como que la *plata* pasta que traemos es de lo mejor.

Los ojos del tio Pablo brillaron en una irradiacion de codicia.

—Traemos otras preñitas que se tienen de convertir en monedas.

—Ya saben que soy todo de mis amigos y no ando regateando un ochavo.

—Ya, ya conocemos vuestro desinterés.

—¿Y á que hora vendrán los compañeros?

—No deben dilatar, creía que ya estuviesen aquí; yo he dado un rodeo por las lomas de los Remedios hasta caer á este rumbo.

—Te la olí á leguas.

—Eso por sabido se calla; maldita aventura!

—¿La pasaron mal?

—Nos mataron á unos muchachos de lo mejor.

—Ese paradero tienen los valientes.

—Pero diezmamos á los *soplones* y matamos al fraile que capitaneaba la caravana.

—Pero como todo está compensado en esta vida, os hicisteis de todo su equipaje.

—De todo, tío Pablo, buena presa!

—No hay mal que por bien no venga, con la muerte de los muchachos son ménos al partir.

—Eso solo puede consolarme, el Zurdo se ha batido como un general.

—Mentando al ruin de Roma y él que se asoma, dijo el tío Pablo, al ver entrar en su casa al famoso bandido.

—Te dilatabas demasiado.

—Como que me han tiroteado los guardas y he tenido que huir como un desesperado.

—Pero ya estás sano y salvo, hijo mio, observo el tío Pablo.

—Perfectamente bueno y para servirlos. Hola! muchacho! desapareja esas mulas que vendrán cansadas.

—Sí, señor amo, dijeron otros cuatro bandidos aparentando ser criados del Zurdo.

—Buen botín, decía el tío Pablo restregándose las manos de júbilo.

—Nuestro trabajo nos cuesta; ya dejamos á algunos de los

amigos bamboleándose en los árboles del Monte de las Cruces; canario! esto sí me pone de un humor endiablado.

—Cuidado con gritar mucho, ya sabeis que mi hija es una hipócrita endemoniada y no tolera nada que trascienda á manejos.

—Tío Pablo, sabeis que esa madama melindres es insoporable?

—Ya lo creo, pero no puedo ponerla en las cuatro esquinas.

—Teneis razon, pero debeis al menos acostumbrarla.

—Eso es imposible; además, que yo la quiero como á mi vida y----

—Vamos, vamos, no hablemos de eso porque sois el padrastro mas grande.

—Tienes razon; en fin, cada hombre tiene su flaco y el mio es esa niña.

—Cuidadla, porque el dia menos pensado os la birlan.

El tío Pablo dió un gruñido como de tigre.

—No os atufeis, amigo mio, la cosa no es para tanto.

—Que vengan los muchachos, dijo Lino, y vamos á hacer el reparto, para que cada uno tire para donde mejor le cuadre.

Los cuatro bandidos entraron en la trastienda con los bultos robados á la caravana de la inquisicion. Lino el mulato se sentó en el suelo y comenzó por abrir un cartapacio en que el reverendo fray Angel llevaba las onzas arrancadas al portugues.

Los bandidos hicieron una exclamacion y el tío Pablo se saboreó como si viese el mejor de los manjares.

—Cuenta tú, Nazario, esas monedas.

El bandido se retiró á un rincon del aposento, sin que á él ni á sus compañeros les ocurriese que podia cometer un fraude; los ladrones son los mas honrados en casos como el presente, y la razon era muy sencilla, donde el mulato le pillase una traca-la al bandido lo despanzurraba incontinenti.

Siguió el reparto del robo con la mayor armonía del mundo. Fray Angel llevaba multitud de encargos para México, en cada

papelito iba una ó dos onzas de oro, alhajas, medallas de plata, y multitud de florecitas con escuditos, obsequios de sus hijas de confesion; llevaba ademas algunas imágenes pequeñas, como Vírgenes, Niños Dios y otras curiosidades para que las bendijese el señor arzobispo.

Todo aquel convoy religioso cayó en manos profanas.

—Vamos, tio Pablo, ya tiene V. para hacer una iglesia; tome-se todo lo perteneciente á los beatos y estas diez onzas, y déjenos en paz.

—Diablo de roñosos! exclamó el tio Pablo, estais ricos como un Branciforte y regateais unas miserables onzas!

—No habeis ganado otras tantas en toda vuestra vida, viejo rapaz.

—No metamos jarana, echen otras diez y cuenta redonda.

—Ahí van cinco, dijo el mulato.

—Tú siempre has de meter tu cuchara, pareces un golilla; con que ocho y no hablemos mas.

—Convenido, dijo el Zurdo, y arrojó al tio Pablo las ocho onzas.

Esta liberalidad no extraña cuando cuesta tan poco ganar el dinero.

Cargaron los bandidos con su *reparto*. y cada uno tiró segun lo habia previsto el mulato.

El tio Pablo, Lino y el Zurdo se quedaron en la trastienda jugando un *cunquian*, mientras llegaba la noche.

—Lino, dijo el tio Pablo, te juego en la partida un par de ballejos que he comprado esta tarde.

—Qué tal clase?

—Buena para tus aventuras.

—De veras, tio?

—Ya los verás, no saben lo que me han vendido.

—Demonio! tengo una gran curiosidad.

—Asómate por la ventana, están atados á una de las pilastras.

Levantóse Lino y asomóse por los opacos cristales de la ventana.

—Por Satanas que son los mismos! ¿Donde estarán esos muchachos?

—Qué muchachos?

—Unos amigos á quienes ví pasar por el monte algunas horas ántes del asalto; deben estar muy mal donde se han deshecho de sus animalejos, es necesario buscarlos.

—Te parecen bien los caballos?

—Sí, y los juego contra cincuenta pesos.

—No, hijito, eso seria entregárselos á Lutero; los he comprado en cien para venderlos en cincuenta pesos menos del precio? no estoy loco, guárdate tu dinero.

—Juegan los cien pesos, tio Pablo.

—A ello respondió el viejo, y comenzó la partida.

El Zurdo estaba admirado de la *habilidad* de los dos jugadores, que en unos cuantos minutos apuraron cuantos elementos torcidos trae consigo el noble arte de Birjan.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando ya los caballos eran de Lino.

—Me has jugado á la mala, dijo el tio Pablo.

—Ese es vuestro juego, tio, y vos habeis sido mi maestro.

—No importa, ya jugaremos esta noche las pesetas.

—Convenido.

—Soy del juego, amigos míos, dijo con efusion el Zurdo.

—A todas entramos, respondió el tio Pablo, y embozándose en su *gorongo* se puso á silbar á la puerta de su tienda, mientras Lino y el Zurdo dormian agobiados del cansancio.

II.

Cayó la noche y el tio Pablo cerró su tienda.

—Hola! muchachos, habeis dormido tres horas largas!

—Es cierto, pero ya estamos recuperados, dijo el Zurdo.

—Echemos á andar, necesito estirar las cuerdas.

—Vamos.

—¿Volveis esta noche?

—Probablemente.

—Os espero?

—Sí, decididamente venimos á pasar la noche.

—Que no tardeis.

—Adios.

Luego que los bandidos desaparecieron, el tío Pablo se entró en el segundo patio, separó las hojas desvencijadas de una puerta y se entró en la parte interior de su casa.

La escena variaba enteramente de aspecto: la vivienda se componia de tres piezas elegantemente puestas con todo el lujo de la corte: la primera era una antesala con las paredes cubiertas de tapices de damasco encarnado con goteras y flecos de oro; en las paredes habia cuadros de pinturas esquisitas y los muebles de nogal primorosamente labrados; dos candelabros de bronce con cinco luces cada uno, llevando bujias de cera blanca que ardia en un chisporroteo imperceptible.

La segunda pieza estaba tapizada de terciopelo azul y tenia muebles del color del terciopelo, todo resplandeciente de oro.

Dos espejos inmensos aunque algo angostos estaban á las paredes suspendidos de cordones de seda azul, y en el centro un retrato de cuerpo entero del marques de Croix, virey de México en esa época.

La tercera pieza era un oratorio magnífico.

El techo era un recojido de tafetan verde, teniendo por centro un florón de oro apagado, y los pliegues del tafetan se apoyaban en los lados del cuadrilátero con remates de oro fijos en una varilla del mismo metal.

Un altar de estuco y mármol en esa combinacion magnífica del arte, se alzaba en la pared principal de la estancia, sostenien-

do una escultura admirable que representaba á Jesucristo en los postreros momentos de su vida.

Frente al altar habia un reclinatorio de nogal con un horario, lo que indicaba que una sola persona rezaba en aquel recinto.

Un Dios y un pecador!

El espíritu delante de su Criador al tocarse en el misticismo de la oracion.

III.

En el gabinete y recostada sobre los almohadones del sofá, estaba una jóven sumergida en una indolencia profunda.

La fisonomía angelical de aquella criatura estaba en armonía con aquella estancia.

Un rostro perfectamente delineado y cubierto de una intensa palidez, unos ojos negros y resplandecientes velados por unas pestañas rizadas y unas ojeras dulcemente amoratadas, la nariz recta, la boca nacarada y pequeña como un botón de rosa, la garganta torneada como la de la Vénus de Praxíteles, el seno elevado y agitado mansamente como las espumas de un lago, la cintura de avispa, los pies pequeñísimos y las manos de una blancura esquisita, que formaba contraste con la rosa de las uñas pulimentadas como el mármol.

La jóven tenia un vestido blanco, parecia que acababa de dejar el baño, porque sus cabellos caian sueltos y en profusion, flotando sobre su arrogante espalda.

Aquella criatura tendria diez y siete años; en su rostro se mostraba desde luego un abatimiento profundo, á pesar de ser la diosa de aquel retrete, de aspirar el perfume de las flores que habia en los búcaros del aposento y los aromas que arrojaban unos braserillos de plata; se mantenía en una postura indiferente, extraña á cuanto le rodeaba.

A sus pies estaba una jóven del pueblo que hacia los oficios de camarista, y en aquellos momentos ensartaba en un hilo de oro unos magníficos corales, mientras que su señora dormitaba como hemos dicho sobre los almohadones.

—Dormís? preguntó la camarista.

—No, el baño me ha languidecido y sueño despierta:

—Y qué soñais, señora?

—La imágen de ese hombre siempre delante----

—Ya le he dicho que cese de rondar la calle y que pierda las esperanzas de vuestro amor.

—Esta lucha es desesperada, yo le amo con frenesí, pero si llegamos á una inteligencia le costaria la vida.

—El está resuelto á todo, á todo como le digais una sola palabra de cariño.

—Oyeme, Luisa, tú sabes que Clavijero me guarda como á un tesoro, que me tiene sepultada en vida, que me rodea de cuanto puede halagar los sentidos de una mujer, y para librarse de la amenaza que pesa sobre él, no ha vacilado en proporcionarme unos amores que yo rehusó, con ese marques de Croix cuyo retrato ha hecho colocar en ese aposento.

—Lo sé, señora.

—Dándole á este asunto un aire de misterio, trae al virey, le hace grandes obsequios en esta casa, para comprar su silencio en esa trama oculta que----

—Pero el inquisidor os amaba.

—Yo lo comprendí; pero él jamas me lo dijo, y aun hoy apenas me indica la conveniencia de las relaciones con el marques.

—Y no sospechais?

—Nada, nada, murmuró la jóven y volvió su cabeza agobiada por un pensamiento tenaz é insistente.

Despues de un momento continuó:

—Cuando hablaste á don Félix?

—Esta tarde.

—Y bien?

—Me daba una carta para vos.

—Y la recibiste?

—Yo---- en fin---- él se empeñó tanto que----

—Has hecho mal, muy mal---- Y dónde está ese papel?

—Tomadlo.

La luz de la estancia era tan viva, que la jóven pudo leer desde su asiento el contenido de la carta del galan enamorado.

“Señora: Estoy loco de amores por vos, y corro delirante tras una sola esperanza. Nada es la vida para poderla ofrecer en aras de ese cariño; pero estoy resuelto á perderla, á verter mi sangre toda por una sola mirada de vuestros ojos. Vedme á vuestros pies rendido y enamorado mas que nunca; concededme un solo momento para deciros que os adoro, y despues olvidadme si así os place.—DON FELIX.”

—Pero este hombre está verdaderamente loco!

—Así lo creo, señora, y si no le concedeis lo que tan rendidamente os suplica, va á matarse irremisiblemente, me lo ha asegurado esta tarde misma.

—Dios mio! exclamó la jóven, eso seria horrible, es necesario salvarle---- no, no quiero que vaya á cometer un atentado---- al fin con decirle que no puedo amarle es suficiente... creo que debo evitar un crimen.

—Eso mismo pienso yo, señora.

—Estoy resuelta, y le concederé una cita; haz llamar á tu padre.

Luisa salió del aposento y tornó á pocos instantes seguida del tio Pablo

—Me llamais, señora? preguntó el viejo trémulo de emocion.

—Necesito que busqueis al capitan de guardias don Félix de Quintanar.

—Al momento, señora.

—Es necesario que entre aquí esta misma noche; no se trata de amores, sino de un asunto de alto interes.